Polonia

Estudios
Latinoamericanos

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos

ISSN 0137-3080

Original title / título original: *Como el «capitán de la libertad» llegó a matar al «defensor de los indios» – el contexto sociopolítico del asesinato del tercer obispo de Nicaragua, fray Antonio de Valdivieso*

Author(s)/ autor(es):

Agata Andrzejewska, Karol Demkowicz

Published originally as/ Publicado originalmente en:

Estudios Latinoamericanos, 36/37 (2016/2017), pp. 231–245

DOI: <https://doi.org/10.36447/Estudios2017.v36-37.art10>

Estudios Latinoamericanos is a journal published by Polish Society for Latin American Studies (Polskie Towarzystwo Studiów Latinoamerykanistycznych).

Polish Society for Latin American Studies is scholarly organization established to facilitate research on Latin America and to encourage and promote scientific and cultural cooperation between Poland and Latin America.

Estudios Latinoamericanos, revista publicada por la Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos (Polskie Towarzystwo Studiów Latinoamerykanistycznych).

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos es una asociación científica fundada con el fin de desarrollar investigaciones científicas sobre América Latina y participar en la cooperación científica y cultural entre las sociedades de Polonia y América Latina.

Como el «capitán de la libertad» llegó a matar al «defensor de los indios» – el contexto sociopolítico del asesinato del tercer obispo de Nicaragua, fray Antonio de Valdivieso

Agata Andrzejewska y Karol Demkowicz

Resumen

En 1550 el tercer obispo de la diócesis de Nicaragua murió asesinado por los hijos del ex-gobernador, Rodrigo de Contreras. La causa directa de este delito fue la enemistad personal entre los asaltantes y la víctima, sin embargo el incidente formaba parte de un fenómeno amplio, compuesto por la explotación de indios, los conflictos internos en la sociedad hispana de la colonia y la gran política imperial en el Nuevo Mundo recién conquistado.

Palabras clave: Nicaragua, León Viejo, periodo colonial, Obispo Antonio de Valdivieso, sublevación de los Contreras

Abstract

HOW THE “CAPTAIN OF FREEDOM” CAME TO KILL THE “DEFENDER OF THE INDIANS” – THE SOCIOPOLITICAL CONTEXT OF THE MURDER OF THE THIRD BISHOP OF NICARAGUA, FRIAR ANTONIO DE VALDIVIESO

In 1550 the third bishop of the diocese of Nicaragua was murdered by the sons of the ex-governor Rodrigo de Contreras. The direct reason of this crime was the hatred the aggressors and the victim had for each other, however, the incident formed part of a wider phenomenon that included exploitation of the natives, internal conflicts in the Spanish colonial society and the great imperial policy towards the freshly conquered New World.

Keywords: Nicaragua, León Viejo, colonial period, bishop Antonio de Valdivieso, the Contreras mutiny.

Agata Andrzejewska ■ Correo-e: agatheand@gmail.com

Karol Demkowicz ■ Cátedra de Estudios Latinoamericanos y Comparativos, Calle Lindleya 3, 90-131 Lodz, Polonia, Correo-e: karol98k.ordnance@gmail.com

Era 26 de febrero de 1550, miércoles de ceniza. Al mediodía, fray Antonio de Valdivieso, perteneciente a la Orden de Predicadores, estaba descansando en la casa cural después de haber celebrado una misa en la catedral de León, la capital de la provincia de Nicaragua. Para distraerse un poco empezó a jugar al ajedrez con su hermano de hábito, llamado fray Alonso. Les acompañaba un clérigo. En algún momento se oyó un alboroto en la calle provocado por un grupo de gente agitada. Al instante, Hernando de Contreras, acompañado por un ex-monje franciscano o dominico llamado Castañeda, se metió brutalmente en la casa con la espada en la mano. Fray Antonio trató de evadir el ataque y esconderse pero eso resultó en vano frente a la furia del joven invasor quien le dio unas estocadas con su espada y luego, para finalizar el acto, una serie de puñaladas con su daga. El sacerdote intentó levantarse dejando huellas sangrientas en la pared pero herido mortalmente se cayó al suelo y le entregó el alma a su madre, después de haberse confesado y de haber declamado dos credos al fraile acompañante. Así acabó la vida el tercer obispo de Nicaragua quien, tras seis años de su servicio, pasó a la historia y conciencia popular como el incansable defensor de los indios (Lozoya 1920: 114-115; Guido Martínez 2010: 39).

Poco se sabe de su vida antes del inicio de su misión episcopal en el Nuevo Mundo. Ni siquiera conocemos la fecha exacta de su nacimiento, la cual se ubica alrededor del año 1500. Su pueblo natal era Valhermosa, cerca de la ciudad de Burgos donde se encontraba el convento dominico de San Pablo. Allí el joven Valdivieso comenzó su vida eclesiástica (Guido Martínez 2010: 48). Su nombre surge de nuevo ya en 1543 cuando el emperador Carlos V lo postula para ocupar la sede vacante del obispado de Nicaragua (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 07, Doc. 524). Su candidatura fue sugerida y apoyada por el mismo fray de las Casas, con quien probablemente se conocían bien desde algún tiempo. Los historiadores sospechan que fray Valdivieso pudo haber viajado a las Indias (probablemente al Perú) antes de recibir el cargo mencionado. Si eso fuera cierto entonces, sin duda, hubiera facilitado su nominación (Guido Martínez 2010: 16-32, 48). Como en el obispado se tardaba mucho en preparar las bulas de confirmación, el príncipe Felipe le mandó a Valdivieso partir a su diócesis lo más pronto posible sin esperarlas (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 07, Doc. 561).

No conocemos ningún detalle de la llegada del obispo electo a la ciudad de León, la capital de la provincia de Nicaragua. Lo único que sabemos es que se embarcó en Sanlúcar en noviembre de 1543 rumbo al Nuevo Mundo, asistido por su madre Catalina Álvarez de Calvente, una hermana o unos hermanos (cuyos nombres se perdieron en el olvido [Lozoya 1920: 94; Guido Martínez 2010: 40]), seis frailes dominicos (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 07, Doc. 567-568, 574; Tomo 11, Doc. 626) y, tal vez, tres esclavos negros (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 07, Doc. 555). El sacerdote bajó de la nave con su grupo en la ciudad de Nombre de Dios, cruzó el istmo llegando a Panamá y luego de nuevo zarpó hacia el puerto nicara-

güense de El Realejo, ubicado a unos 150 km de la capital. Llegó a su destino con mayor probabilidad durante el mes de abril o mayo de 1544 (Lozoya 1920: 94). Es sorprendente que en las fuentes falte alguna información precisa sobre ese acontecimiento debido a que no se trataba de un monje ordinario.

En aquella época la ciudad de León no era muy asombrosa, pues apenas habían pasado 20 años desde el momento de su fundación por el capitán Hernández de Córdoba en las cercanías de los asentamientos autóctonos de Imabite y Nagarando. Este personaje en 1526 contribuyó a la creación de una sombría leyenda del lugar, siendo ejecutado por orden del infame Pedrarias Dávila¹, gobernador de Castilla de Oro y superior de la conquista. En los tiempos de Valdivieso la ciudad, aunque austera, ya tenía todos los rasgos de un lugar de residencia permanente. La mayoría de los edificios tenían sus paredes construidas de tapia (láminas de barro mezclado con cenizas volcánicas y piedra pómez), acabadas con una capa de mortero blanco. Sus techos estaban cubiertos con tejas. Los muros de edificios más representativos o pertenecientes a la élite municipal tales como el «palacio» del gobernador, la casa del mercader Gonzalo Cano o la iglesia y convento de la Merced ya estaban contruidos de ladrillo o, más a menudo, con una técnica mixta. Sin embargo, no se sabe mucho sobre el aspecto de la catedral al momento de la llegada del nuevo obispo. Era todavía un edificio de tapia, posiblemente aún cubierto de paja. El mismo Valdivieso la compara a una pobre ermita. Obviamente, el templo principal había carecido de atención pero eso estaba a punto de cambiar con el nuevo prelado. En general, durante los siguientes años León alcanzó su máximo desarrollo. Las únicas informaciones que se refieren a la población de la ciudad provienen del final del siglo XVI, es decir de los tiempos de su decadencia – los cronistas mencionan de 120 a 150 habitantes (Argüello Gómez 2009: 44-45; Eduardo Arellano 2009: 63-74; Mejía Lacayo 2009).

A pesar de la aparición de viviendas sólidas y del crecimiento demográfico de la ciudad, la vida de sus habitantes, al igual que del resto de los españoles en la provincia, no era estable ni segura. Los tempestuosos años de la conquista pertenecían ya al pasado y los huesos del gobernador Pedrarias Dávila yacían bajo el altar de la iglesia de la Merced. Sin embargo, las catastróficas consecuencias de su gobierno se podían observar por todas partes, ya que la población indígena hasta aquel momento reducida dramáticamente aún seguía disminuyendo. Por supuesto, eso fue, como tantas veces se ha constatado, a causa de las epidemias de origen europeo, de la desarticulación de la sociedad tradicional, así como de las guerras de conquista. Nada fuera de lo común en todos los dominios españoles durante la época colonial temprana. No obstante, a la situación en Nicaragua influyó un factor adicional – la exportación de esclavos indígenas. Aquella práctica, iniciada ya en los tiempos de Hernández de Córdoba, alcanzó niveles masivos durante la gobernación de Pedrarias y su sucesor interino, Francisco Castañeda. En efecto, la falta de mano de obra y su desigual repartimiento se volvieron un verdadero problema y causa de

graves tensiones entre los encomenderos. El conflicto no se extinguió con la llegada del nuevo gobernador Rodrigo de Contreras a fines del año 1535. Todo lo contrario, siguió empeorando hasta llevar a una guerra civil fría y, más adelante, a una rebeldía por excelencia (Mejía Lacayo 2011).

El nuevo funcionario pertenecía a una vieja familia noble de Segovia. Recibió dicho cargo en mayo de 1534 por estar casado con Doña María de Peñalosa, hija del mismo «Gran Justador» Dávila e Isabel de Bobadilla y Peñalosa. Las influencias de la familia Dávila, así como las de los Contreras, aseguraron el nombramiento imperial de Rodrigo tras la muerte de su suegro. Sin embargo, no fue hasta fines de 1535, cuando el joven gobernador llegó al nuevo destino con su esposa e hijos. Allí ya lo esperaban dos tareas del ámbito de las obligaciones correspondientes a su puesto. Le omitió la primera, el juicio de residencia que debía llevar a cabo sobre el licenciado Castañeda, gobernador interino de escandalosa reputación. El ex-oficial, anticipando los problemas legales que se le iban aproximando, había huido al Perú (Lozoya 1920: 7-29). En cambio, la segunda tarea que consistía en organizar una expedición descubridora al desagadero del Lago Cocibolca², pronto resultó ser un verdadero desafío. La causa de los problemas fue algo inesperada - al proyecto se opuso con gran determinación el mismo fray Bartolomé de las Casas quien en aquel tiempo residía en Granada. El incansable defensor de los indios presumía que tal empresa exploradora podría significar una serie de calamidades tanto para los habitantes de las tierras que se iban a descubrir como para los esclavos de los españoles que servirían como animales de carga. Es decir, Las Casas temía que la conquista se realizara justamente de igual manera que ya tantas veces se pudo observar. El dominico no creyó en los afianzamientos de Contreras que a los autóctonos se les daría el trato conforme a las instrucciones reales. Lo único que pudo aceptar fue poner a él mismo al mando de la expedición. La dura y notable oposición de Las Casas desató una ofensiva legal por parte del gobernador que llevó a la intervención del obispo Osorio³. Después de la muerte del último, Contreras continuó recogiendo declaraciones de testigos, pruebas e informaciones que desacreditaban al misionero y, finalmente, las envió a la Corte real. De todos modos, el gobernador alcanzó su objetivo porque Las Casas tuvo que partir hacia España para defenderse ante las acusaciones. Una vez eliminado el «obstáculo», la expedición pudo avanzar y, a pesar de muchas dificultades, logró alcanzar el Mar Caribe (Lozoya 1920: 30-46).

Las mayores problemas durante el gobierno de Contreras vinieron por parte de los más poderosos habitantes de Nicaragua. Desde los inicios de su estancia, don Rodrigo se puso a redistribuir los indios encomendados privando a las pobres viudas y los huérfanos de sus medios de vida como quieren unos, o arreglando los injustos repartimientos de la época anterior, como quieren otros. Cualquiera sea la verdad, los efectos de sus disposiciones resultaron muy beneficiosos para su familia más cercana, sus emparentados, criados, así como para él mismo. En realidad, en torno a los Contreras muy pronto surgió un grupo coherente de clientes leales y

agradecidos, dispuestos a ejercer su voluntad que tenían a su disposición inmensos recursos provenientes de una buena parte de encomiendas nicaragüenses. Además, cuando nos acordemos del dramático despoblamiento de la «república de indios» (como se denominaba a la población indígena) cuyo resultado fue la escasez de mano de obra, tendremos una idea bastante clara de las relaciones en la «república de españoles» en Nicaragua en aquel tiempo. El surgimiento de una oligarquía (o mejor dicho mafia), compuesta en gran parte de gente «de afuera» (a veces de humilde nacimiento) que seguía apoderándose de más y más fuentes económicas gracias al abuso del poder político y administrativo de sus patrones en perjuicio de los hasta entonces privilegiados, tuvo que despertar objeciones de los últimos, así como fuertes tensiones en la sociedad de la colonia. Las primeras quejas de los habitantes contra el gobernador aparecieron bastante pronto, es decir ya en 1538, y con el tiempo solamente se hicieron más frecuentes. Aparte de las protestas que se referían a la manera del repartimiento de encomiendas, las más frecuentes aludían al asunto de la toma de control sobre los cabildos de León y Granada (y en efecto de la justicia en la colonia) que el gobernador había realizado instalando allí a sus partidarios. Uno de los «contreristas» más prominentes y significantes fue Pedro de los Ríos. Descendiente de una familia noble, había desempeñado el cargo de gobernador de Castilla de Oro en Panamá después de la partida de Pedrarias Dávila. En 1533 fue nombrado tesorero real de la provincia de Nicaragua. Tras la llegada del yerno del «Gran Justador» a aquellas tierras, De los Ríos se casó con su hija. De este modo los dos funcionarios formaron y manejaron un auténtico sistema de poder (Lozoya 1920: 80-82; Mena García 1992: 421-423; Duque Estrada 2010: 36-37). Sin embargo, no todas las empresas del gobernador resultaron exitosas, pues una de sus extralimitaciones, tan características de su gobierno, le trajo bastantes problemas y desató las siguientes turbulencias en su dominio.

En 1542 murió el segundo obispo de Nicaragua, fray Francisco de Mendavia. Durante su estancia en esas tierras le acompañaba su hermano, don Pedro, quien desempeñaba el cargo de deán de León. Después del fallecimiento de fray Francisco, el gobernador se aprovechó de la situación y despojó al deán, su acérrimo oponente, de su cargo. Luego Contreras partió de viaje a Panamá, donde se encontró encarcelado por la Audiencia en el nombre del Santo Oficio. A eso contribuyó don Pedro de Mendavia quien había enviado una carta a los oidores de la capital de Castilla de Oro solicitando tales sanciones para el gobernador por la usurpación de poder eclesiástico. En efecto, el preso tuvo que presentarse ante el Tribunal en Valladolid donde fue justificado y librado de las acusaciones. Mientras tanto, los acontecimientos en Nicaragua tuvieron un desarrollo dramático a causa de la actuación del tesorero de la provincia, Pedro de los Ríos. Antes de partir, Contreras le había otorgado la función de teniente del gobernador, de la cual su yerno hizo muy mal uso. Entre muchas de sus tropelías sobresalió una: al perseguir al deán y a sus seguidores como responsables de los problemas de su suegro, De los Ríos había

desencadenado un conflicto que llevó a la ejecución de cuatro frailes partidarios de Mendavia y al destierro de este último a España (Lozoya 1920: 85-89).

Tal fue la alteración en la provincia que en respuesta a la demanda de algunos nicaragüenses la Audiencia de Panamá envió a un juez de comisión para revisar la actuación del gobierno. De una manera independiente, a inicios de 1543 el príncipe Felipe le ordenó al licenciado Diego de Herrera⁴ llevar a cabo un juicio de residencia tanto al gobernador como a sus tenientes (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 07, Doc. 583, 588). Después de atravesar el océano y llegar a Guatemala, el juez encargado se trasladó a León a mediados de 1544 e inició el proceso contra don Rodrigo quien apenas había regresado de la metrópoli, y contra su yerno quien era también su teniente. Lo primero que hizo Herrera fue privar a Contreras de su cargo y de las encomiendas pertenecientes a su puesto – una formalidad en aquel momento debido a que las disposiciones mencionadas habían sido dadas por el mismo Rey dos años antes en las Leyes Nuevas y el mismo don Rodrigo ya las había conocido estando en la corte en Valladolid. La mayor falta del ex-gobernador fue, según Herrera, la distribución de numerosas encomiendas entre su familia o criados, después de haberse empoderado de ellas tras la muerte de sus dueños legítimos y, a veces, tras la expropiación de viudas o huérfanos (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 11, Doc. 629, 640, 657). Más aún, estas transgresiones, como suponía el juez, fueron cometidas ya después de anunciar las leyes. Los últimos abusos se atribuyen tanto a Contreras como a su yerno De los Ríos (quien desempeñaba el cargo de gobernador durante la ausencia de don Rodrigo). La culpa de este último confirman muchas declaraciones de testigos que de forma detallada describen las tramas escandalosas del asunto (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 10, Doc. 610).

El licenciado Herrera no logró terminar más que la primera parte del juicio, llamada la residencia secreta. En resultado, el ex-gobernador fue condenado al destierro a cinco leguas de la ciudad de León por un período de siete años y se le impuso una multa de mil castellanos de oro por delitos principales, y más de la mitad de esta suma por transgresiones de menor gravedad. La sentencia se libró el 18 de julio. Además, el juez de residencia remitió al Rey y al Consejo de Indias el juzgado de varios cargos, entre otros los de complicidad en la esclavización y tráfico a Panamá y al Perú de los indios nicaragüenses (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 09, Doc. 608). El tesorero Pedro de los Ríos y el teniente Luis de Guevara también recibieron severas condenas.

Sin embargo, el licenciado Herrera no fue capaz concluir su juicio debido a que a finales de septiembre lo llamaron para regresar a la sede de la Audiencia – una obvia intervención del presidente Maldonado en favor de Contreras (Lozoya 1920: 96-97). Estas circunstancias resultaron bastante desafortunadas para los habitantes de Nicaragua. Aunque don Rodrigo perdió su cargo, y junto a él una gran parte de sus ingresos, sus influencias e importancia en la provincia no cambiaron mucho. Además de controlar el cabildo de León⁵, compuesto de sus partidarios, logró tomar

el real poder judicial por medio de uno de sus criados, quien fue nombrado alguacil mayor. Los opositores no lograron quitar el poder a Contreras ni al grupo que lo apoyaba, por lo que solamente lo enfurecieron y se encontraron en gran peligro (Lozoya 1920: 99-101).

Sin embargo, a la facción anti-contrerista se unió un fuerte aliado – el obispo de Nicaragua, fray Antonio de Valdivieso. Como hemos señalado, el prelado vino a esta provincia en abril o mayo de 1544. Inmediatamente consideró a Contreras y su grupo como los principales responsables de las inquietudes en la sociedad nicaragüense. Su enemistad hacia ellos era natural e inevitable (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 11, Doc. 626; Guido Martínez 2010: 61-62). En primer lugar, el obispo era un fiel seguidor del fervoroso padre de las Casas y compartía su intransigencia y rigidez frente a las autoridades y la sociedad de la «república de españoles». Esta fue probablemente una de las causas por la cual el emperador escogió a Valdivieso a ejercer su función. El fraile parecía una persona perfecta para esa tarea dado el hecho que una de sus principales responsabilidades habría de ser la contribución al bienestar de los indígenas y a su educación en la fe católica (Mena García 1992a: 426; Guido Martínez 2010: 16-19). Esa gente resultaba afectada de una manera evidente por la omnipotencia e impunidad del grupo contrerista, por lo que el obispo no cesaba de enviar cartas a la Corte. Cada una de ellas contenía noticias alarmantes en contra del ex-gobernador, su familia y sus criados. El obispo apoyaba también con su autoridad cada solicitud de intervención real presentada por los opositores (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 11, Doc. 626, 638, 640, 659; Tomo 12, Doc. 672). Teniendo en cuenta la ineficacia completa del sistema de justicia local, controlado por gente determinada y profundamente adversa a las reformas reales y regulaciones anunciadas durante el juicio de residencia, fray de Valdivieso decidió equipar a algunos subordinados suyos con varas de la justicia para otorgarles autoridad judicial y garantizar de esta manera el cumplimiento de las Leyes Nuevas. Otro método utilizado por el obispo para ejercer su política era la excomunión y persecución inquisitorial. Solía también meterse en los cabildos en ejercicio de su voluntad, por lo que el grupo de poder contrerista se ponía furioso (Mena García 1992a: 426; Guido Martínez 2010: 62). Tal actitud no sorprende si tomamos en cuenta que el obispo trataba su misión con máxima seriedad, tal como lo formuló el mismo: «[...] *el obispo no es solo para tener mitra y renta, sino para usar jurisdicción, corregir vicios y fundar virtudes y remediar las opresiones que se hacen a sus ovejas [...]*» (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 11, Doc. 650).

Por sorprendente que parezca, Valdivieso no estaba totalmenete en contra de la institución de la encomienda. En realidad, aquella idea parecía bastante humanitaria considerando la realidad de la época. Lo que la transformó en un sistema de opresión y explotación fue la debilidad del poder real (manifestándose en la alta corrupción de la administración colonial) y la calidad moral de los propios encomenderos. El obispo era perfectamente consciente de esta situación, por esto encon-

tramos en una de sus cartas esta frase: «*paresçeme que de poner todos los yndios desta provinçia en cabeça de vuestra magestad que algunos bien conviene a su real fazienda se seguira poco provecho porque los yndios son muy pobres e podria dañar en el servicio de dios nuestro señor y de vuestra magestad porque seria parte para que la tierra muy presto se despoblase e dandose orden de como se encomendasen en personas de conçiencia que los tratasen muy byen e yndustriasen en las cosas de nuestra santa fee catholica con pena de pedirlos*» (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 11, Doc. 626).

Este consejo se refería a las instrucciones reales, incluidas en las Leyes Nuevas, de ceder las encomiendas pertenecientes a oficiales reales y eclesiásticos a la Corona. El obispo sabía que los naturales siendo encomendados al Rey y sujetos directamente al control de las autoridades locales españolas, serían de nuevo expuestos a abusos. En aquella situación, lo mejor para los indios, según el prelado, era servir a unas personas prudentes de buena conducta, lo que los protegería de la explotación y maltrato y les garantizaría la defensa frente a diferentes perjuicios de parte de otros encomenderos o autoridades. Además, la cosa más importante para el obispo, se les introduciría en las reglas de la fe católica. Otra idea suya, muy ambiciosa, era de poblar una villa con los indios esclavos vendidos a otras provincias, a quienes se debería traer de vuelta a Nicaragua para evangelizarlos y ayudarles a establecerse de nuevo allí – un proyecto muy parecido a las congregaciones chiapanecas del padre Las Casas (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 14, Doc. 738; Guido Martínez 2010: 74-76).

Las constantes denuncias de fray Valdivieso presentadas a la Corte en contra del grupo de Contreras por fin dieron resultado. No fue solamente el ex-gobernador quien perdió sus encomiendas (como lo hemos señalado, esto fue nada más que la implementación de las Leyes Nuevas, es decir, una formalidad de parte del juez de residencia, el licenciado Herrera). En poco tiempo (lo más probable en 1547) lo mismo sucedió a los numerosos y lucrativos repartimientos de su mujer, María de Peñalosa. Una tasación de encomiendas datada en el año 1548, aunque probablemente incompleta, muestra la grandeza del golpe que sufrió la posición económica y, en consecuencia, política de la familia Contreras. El documento no enumera ninguna propiedad en manos de Doña María o de los hijos mayores del ex-gobernador, Hernando y Pedro. Sus pertenencias pasaron a manos de la Corona o a otros habitantes de Nicaragua (entre ellos encontramos algunos partidarios de los Contreras y probablemente sus hombres de paja). Los daños infligidos al grupo de poder eran severos pero no catastróficos – más de 20 por ciento de la mano de obra indígena seguía siendo controlada por este partido (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 14, Doc. 762; Guido Martínez 2010: 65-99).

La dirección de cambios que sufría el poder económico parecía ser positiva para los opositores del ex-gobernador. No obstante, todas las informaciones disponibles sugieren que a pesar de estas acciones el obispo no gozaba de mucha estima en la provincia. Podemos asumir que esto fue parcialmente debido al recha-

zo general que enfrentaron las Leyes Nuevas en la «república de españoles» en la colonia – las mismas que el obispo estaba obligado a implementar. Su intransigencia y consecuente presión en favor de los indígenas tampoco le ganaron estima entre los colonos. Las varas de justicia que intentaba suministrar a sus subordinados tenían el objetivo de forzar el respeto de los derechos de los indios – sería ingenuo asumir que su introducción estaba pensada solamente en contra de los encomenderos contreristas (Lozoya 1920: 105-106). A dichos problemas hay que añadir el resentimiento en torno a la cuestión de los estipendios muy elevados de servicios espirituales. Las quejas sobre este asunto llegaban a la Corte Imperial desde hace un tiempo. De hecho, una de las primeras tareas del mismo fray Valdivieso, encargadas por el príncipe Felipe, fue moderar los cobros de los religiosos (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 07, Doc. 590). Aunque la intervención del prelado limitó los costos de misa y testamento a un nivel de medio real (un precio justo según fray Valdivieso, teniendo en cuenta la enorme carestía en la provincia [Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 11, Doc. 626]), no resolvió el problema. Debido a eso, el Consejo de Indias se vio obligado a intervenir en la Audiencia de los Confines de Guatemala. Exagerados los cobros o no, la política del obispo respecto a este asunto evidentemente no le ganó popularidad (Ayón 1977: 279). De hecho, después de que el prelado había sido asesinado, no hubo nadie en todo León quien intentara oponerse a los conjurados. Incluso en Granada donde las influencias de la familia segoviana eran relativamente menos notables, la resistencia frente a la sublevación no resultó ser muy firme. ¿Pero cómo en medio de esta tensa situación llegó al estallido de la rebelión?

El obispo aparentemente acudió al licenciado Herrera para buscar ayuda durante el juicio de residencia, desenmascarando los fraudes de De los Ríos y de don Rodrigo relacionados con la prescripción y distribución de encomiendas. Cuando este último perdió su puesto oficial, el prelado hizo gran esfuerzo para obstruir al menos algunas acciones de la administración de la provincia que en gran parte seguía siendo leal al ex-gobernador. En consecuencia, en varias ocasiones oyó claras amenazas. Tenemos una mención del presidente de la Audiencia de los Confines de Guatemala, Alonso López de Cerrato, quien informa al Rey que fray Valdivieso *«teme cada día que le an de matar porque luego prenden por la ynquisiçion y como la gente de aca es tan libre e tan delicada y de tanta presunçion sientenlo mucho espeçialmente si les toca de verdad»* (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 15, Doc. 808; Guido Martínez 2010: 84-85).

Aunque los relatos citados dejan una impresión de que los partidarios del ex-gobernador no fueron los únicos en guardar un fuerte resentimiento hacia el obispo, se puede asumir, sin gran riesgo de error, que los principales responsables de aquellos acontecimientos estaban fuertemente vinculados al grupo contrerista. Sin embargo, el golpe más duro le dio fray Valdivieso a la familia segoviana con sus cartas, enviando al monarca continuas denuncias por sus malversaciones y delitos. No obstante, la misión de Rodrigo de Contreras, quien esperaba conseguir la devo-

lución de los bienes de su mujer y se presentó personalmente en la corte en Valladolid en 1549, no trajo éxito. El ex-gobernador envió a su familia una carta en la cual les contaba de los acontecimientos desafortunados, sin prever las consecuencias que esto podía provocar (Lozoya 1920: 112-113; Mena García 1992a: 426-427).

De hecho, las noticias, cuando llegaron a la casa de los Contreras en Granada, provocaron una verdadera turbación, pues el momento y las circunstancias en la provincia no pudieron ser peores. Al inmenso agravio que la familia segoviana sufrió del prelado se sumó la influencia fatal de unos fugitivos del Perú⁶ que residían en Nicaragua como huéspedes y clientes de la familia segoviana. Su líder, llamado Juan Bermejo, viendo la agitación de los jóvenes Hernando y Pedro, se dio cuenta de la posibilidad de provocar una nueva rebelión que podría cambiar su mala fortuna (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 17, Doc. 830; Lozoya 1920: 112-113; Mena García 1992a: 426-427). Podemos también presumir, aunque esto sea solamente una especulación, que la madre de los mozos, Doña María de Peñalosa, una mujer orgullosa, ambiciosa y frustrada, tuvo la mala influencia sobre sus hijos. Los hermanos afectados por la actuación del obispo, en complot con Bermejo, con el resto de los peruleros y un puñado de individuos de conducta sospechosa (entre ellos el ex-fraile Pedro de Castañeda), se pusieron a preparar una operación armada, lo cual les ocupó unos cuantos días. Terminados los preparativos, el grupo de conspiradores (sin el menor de los hermanos, Pedro, quien se quedó con su madre) salió de Granada rumbo a León. Allí se alojaron en la casa del ex-gobernador donde, bajo el pretexto de escuchar actuación de algún cantante, organizaron una reunión para aliar a algunos otros seguidores y simpatizantes de la causa. El grupo ya bastante incitado, encabezado por Hernando de Contreras y Juan Bermejo, marchó por la plaza mayor y las calles de León, forzando a varios transeúntes a unirse a ellos bajo la pena de muerte. Así llegaron todos a la casa curial de la catedral (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 17, Doc. 830; Lozoya 1920: 113-114; Mena García 1992a: 428-429).

Después de matar al obispo, Hernando dio permiso a su desesperada madre para sepultarlo. El asesinato fue no solamente un acto de delincuencia o de venganza personal sino sobre todo un resultado de rebelión contra la autoridad real. De esta manera, los planes de los conjurados desterrados del Perú para retomar su «reyno premial» estaban a punto de cumplirse. Después de todo lo ocurrido el joven segoviano no pudo retirarse. No sabemos, si Hernando en realidad compartía esos objetivos tan ambiciosos del grupo de Bermejo y tan lejanos de los suyos o, simplemente, fue forzado por aquellos «seguidores» y decidió actuar con ellos, al no tener apoyo de otras personas experimentadas en las cosas de guerra. Sin embargo, en la plaza mayor de la ciudad los sublevados proclamaron al hijo mayor del ex-gobernador «capitán general de la libertad» y «príncipe de Cuzco». Inmediatamente después de ese acto, la muchedumbre saqueó la tesorería real y robó a muchas personas (en primer lugar a los antiguos enemigos del partido de los Contreras) llevándose sus caballos, armas y objetos de valor. Los amotinados se apoderaron del

país sin mayores dificultades. Solamente en Granada encontraron una débil resistencia, la cual fue pronto aplastada gracias al sabotaje de Pedro, el hermano menor de Hernando, así como de su madre.

Después de todo, la tropa a la que se unieron mercenarios y oportunistas, salió embarcada desde El Realejo rumbo al sureste. Tras algunos encuentros y acontecimientos, la expedición llegó a Panamá y se apoderó de la ciudad, de las riquezas de sus habitantes y de las cajas reales. Desafortunadamente para los conjurados, en el cercano puerto atlántico de Nombre de Dios residía el licenciado Pedro de la Gasca, junto con una fuerza militar considerable, esperando el transporte a la metrópoli (el mismo visitador real que logró aplastar la rebelión de Gonzalo Pizarro en el Perú). Sabiéndolo, los panameños al fin y al cabo organizaron una sublevación que derrotó totalmente al «ejército de la libertad». En el combate cayeron 133 invasores (entre ellos Juan de Bermejo) y unos 60 fueron capturados⁷. Hernando de Contreras probablemente murió ahogado cuando intentaba huir de la matanza. Sin embargo, como el cadáver hallado por los perseguidores ya estaba bastante descompuesto y difícil de identificar, es posible que el fugitivo le había puesto su ropa a algún muerto tratando salvarse. No obstante, nunca se volvió a escuchar ni de él, ni de su hermano menor quien se mantuvo alejado de la batalla (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 17, Doc. 830; Lozoya 1920: 115-168; Mena García 1992a: 426-427).

Doña María de Peñalosa y su marido (quien todavía estaba en España) no se presentaron en el proceso de los rebeldes que se llevó a cabo en Panamá. En consecuencia, se confiscó una parte de sus bienes (los que estaban depositados en Panamá o Lima). Sin embargo, aunque varios testigos confirmaron el papel inspirador de Doña María en el amotinamiento, ni ella ni Contreras recibieron otro castigo más severo. En 1552 el matrimonio dejó Nicaragua y se trasladó a Lima. Allí el exgobernador desempeñó algunos cargos públicos y militares de perfil menor. Murió en 1558. Su mujer falleció 15 años más tarde, en 1573. Ambos fueron sepultados en la iglesia conventual de la Merced en Lima (Lozoya 1920: 178-185).

Tras dichos acontecimientos, sobre todo el acto sacrilegio, León se ganó la reputación de una ciudad maldita. Aunque su población fluctuaba a través de los años, parece que nunca superó el número de 150 personas que residían allí durante la década de 1540. La región era pobre y los encomenderos españoles tenían pocas posibilidades para mantenerse. Además, la ciudad seguía siendo afectada por calamidades. En 1578 las cenizas provenientes de la erupción del volcán Momotombo cubrieron la ciudad y el aire estaba lleno de humo y gases. Después de este acontecimiento quedó evidente que León no tenía futuro por lo que la ciudad empezó a despoblarse. En 1603 solamente diez casas quedaban habitadas. Tras el terremoto de 1610 los habitantes que aún permanecían allí decidieron abandonar ese lugar desdichado y crear una ciudad nueva en un sitio menos peligroso. Así nació el León actual y desapareció el viejo. Con el tiempo las ruinas quedaron cubiertas por una capa de cenizas y sedimentos pero en la tradición local se guardaron recuerdos de

la ciudad perdida (Eduardo Arellano 2009: 72-74). Sin embargo, gracias a una expedición arqueológica llevada a cabo en 1967 se logró ubicar con exactitud el sitio del viejo León (Eduardo Arellano 2008: 15-17). Entre los restos arquitectónicos los científicos identificaron varios edificios conocidos de los documentos y relatos, entre ellos la catedral. Allí, bajo la escalera del presbiterio, en un lugar reservado para la gente más importante se descubrieron tres entierros identificados como las tumbas de los primeros tres obispos de Nicaragua. Los restos óseos de uno de ellos, según el examen forense, llevaban claras huellas de lesiones que confirmaban que se trataba de una muerte violenta. La posición del cuerpo sugería que el entierro se hizo de prisa y sin mucho cuidado (Guido Martínez 2010: 40-41). Aunque nunca tengamos la certeza completa, los restos encontrados podemos identificar con fray Antonio de Valdivieso.

La situación en Nicaragua a mediados del siglo XVI parece bastante semejante a la de otros territorios colonizados por los españoles. La publicación de las Leyes Nuevas provocó descontento en todas las posesiones ultramarinas de la Corona y en cada caso particular, sea en México, en el Virreinato del Perú o en el Reino de Guatemala, los plenipotenciarios reales, responsables de implementarlas, tuvieron que enfrentarse a una fuerza altamente hostil y numerosa, bien decidida a defender su «derecho premial» o, mejor dicho, su recién ganada posición socioeconómica. El resultado final de la confrontación variaba según la actitud del emisario real. Por ejemplo, los habitantes de México lograron evitar el desbordamiento de la violencia gracias a la experiencia e intuición del mismo virrey Antonio de Mendoza que se mostró poco convencido por las leyes. Una situación parecida tuvo lugar en Guatemala. En el Perú el conflicto llevó al estallido de una guerra civil y, en efecto, a la muerte del mismo virrey Blasco Núñez Vela en el campo de batalla. En gran parte, la catástrofe fue consecuencia de la torpeza, imprudencia e rigidez del oficial real y, si no fuera por una extraña casualidad, todo el alboroto hubiera finalizado con el encarcelamiento y envío del funcionario impopular a España⁸ (Serrera Contreras 2011: 63-64). En este contexto el caso de Nicaragua parece bastante singular debido a que no se trataba solamente de un asesinato violento del emisario real (y en consecuencia, del delito de *lesae maiestatis*) sino también de un acto sacrilegio contra un religioso de alto rango cometido, recordemos, por la gente «tan delicada» y temerosa ante la inquisición o excomunión. De hecho, diferentes factores provocaron aquel delito. En primer lugar, el atentado fue un acto de venganza personal por humillaciones públicas que toda la familia Contreras sufrió por parte del obispo. De hecho, la actitud del último contribuyó de manera notable al estallido de disturbios. Las acciones del prelado contra el grupo contrerista no solo eran abiertamente hostiles e implacables, sino también consecuentes y, al parecer, eficientes. En efecto, la familia se encontró en una situación difícil, si no desesperada, en una provincia que siempre consideraba su herencia personal. Por otra parte, al atentado contribuyó el carácter impulsivo y falta de experiencia de los jóvenes nietos del temeroso «Gran

Justador» Dávila, agitados además por su madre y por los fugitivos rebeldes del Perú. Finalmente, hay que tomar en cuenta la ausencia del padre de la familia, don Rodrigo, quien sin duda hubiera detenido una tal empresa sin grandes esperanzas de éxito.

La lucha por las Leyes Nuevas suele ser vista como una cuestión sobre todo humanitaria cuyo propósito fue normalizar la situación salvaje de los primeros años después de la conquista. Se trataba de convertir un estado de liminalidad en un organismo social operativo. Por otro lado, la defensa de los indios fue un pretexto perfecto para la Corona para frenar el proceso de surgimiento de una oligarquía feudal omnipotente en territorios tan lejanos (Serrera Contreras 2011: 58-65). En caso de Nicaragua vemos qué perturbaciones puede causar en las colonias un grupo impune. No extraña entonces el hecho que en las mismas Leyes Nuevas se halló la disposición directa de liquidar la gobernación de Nicaragua, entregando la administración de esta región a la Audiencia de los Confines de Guatemala y destituyendo a Contreras del cargo gubernamental. Además de todo esto, la Corona envió a estas tierras un fiel y fervoroso aprendiz y seguidor del mismo Las Casas. Los acontecimientos en la provincia tuvieron que provocar un escándalo grande en la corte, ya que tan pronto se tomaron medidas respecto a una parte del Imperio de tan poca importancia.

La revuelta de los Contreras nos muestra también la fragilidad del orden público en las colonias y la facilidad con la cual se podían extender las rebeliones. La red comercial entre varios núcleos de población española estaba bien desarrollada ya en aquella época temprana del funcionamiento del Imperio y no solamente los comerciantes sino también los perturbadores se aprovechaban de ella. Esto fue justamente lo que pasó en Nicaragua infestada por gonzalistas rebeldes provenientes del Perú quienes tras provocar un nuevo escándalo en la tierra de refugio se trasladaron a Panamá para continuar su saqueo. Una vez estallido algún motín en cualquier parte de las posesiones españolas ultramarinas, pronto pudo extenderse a los territorios muy lejanos.

Agradecimientos

Este artículo es fruto de nuestra estancia de investigación en Nicaragua llevada a cabo durante el año académico 2014/2015, financiada parcialmente del programa de becas Erasmus Mundus EURICA. Quisiéramos también expresar nuestro agradecimiento a la institución receptora, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua en Managua, especialmente a los señores doctores Charles B. Wallace y Alfredo Lobato por su amable apoyo y hospitalidad.

Notas

- ¹ Aquel nombre, bajo el cual el gobernador es mejor conocido, es de hecho una abreviación de su nombre verdadero – Pedro Arias de Ávila.
- ² Otra denominación del lago es el Gran Lago de Nicaragua, mientras que el «desaguadero» histórico es conocido en la actualidad como el Río San Juan.
- ³ Fray Diego Álvarez de Osorio, O.P., el primer obispo de la diócesis de Nicaragua, desempeñó su cargo desde 1532 hasta su muerte en 1536.
- ⁴ Otorgándole al mismo tiempo el título de oidor de la Audiencia de los Confines de Guatemala (Vega Bolaños 1954-1957, Tomo 07, Doc. 530).
- ⁵ El licenciado Piñeda reorganizó los cabildos en mayor parte con las personas que estaban en contra del partido del gobernador pero en caso de la ciudad de León esta decisión fue cancelada por Herrera (Vega Bolaños, Tomo 09, Doc. 608).
- ⁶ Aquellos individuos huyeron a Nicaragua después de la derrota de la sublevación de Gonzalo Pizarro.
- ⁷ Cuarenta y cuatro de ellos fueron condenados a muerte en un gran juicio llevado a cabo en Panamá (Mena García 1992b).
- ⁸ El virrey fue encarcelado y enviado en nave a Panamá con destino final en España por los miembros de la Audiencia de Lima. Sin embargo, el capitán del barco lo dejó libre poco después de zarpar, posibilitándole el regreso al Perú para que intentara a recuperar el poder.

Referencias citadas

- Argüello Gómez, J.
2009 Plano esquemático de León Viejo. *Revista de Temas Nicaragüenses* 14: 40-62.
- Ayón, Tomas
1977 *Historia de Nicaragua*. Banco de América, Managua.
- Duque Estrada, Esteban
2010 Pedro de los Ríos, Gobernador de Castilla de Oro. Pedro de los Ríos, Tesorero de la Provincia de Nicaragua. *Revista de Temas Nicaragüenses* 27: 32-48.
- Eduardo Arellano, Jorge
2008 El hallazgo de León Viejo hace 41 años. *Revista de Temas Nicaragüenses* 5: 15-17.
2009 Vida y muerte de León Viejo (1524-1610). *Revista de Temas Nicaragüenses* 14: 63-74.
- Guido Martínez, Clemente
2010 *Valdivieso, el obispo que murió por los Chorotegas*. Managua.
- Lozoya, Marqués de
1920 *Vida del segoviano Rodrigo de Contreras, Gobernador de Nicaragua (1534-1544)*. Madrid.
- Mejía Lacayo, José
2009 La Construcción de Tapia en León Viejo: Ensayo Gráfico. *Revista de Temas Nicaragüenses* 14: 75-79.

- 2011 La conquista 1522-1572 – segunda parte. *Revista de Temas Nicaragüenses* 40: 96-131.
- Mena García, Carmen
- 1992a Individualismo y radicalización en la Conquista: la revuelta de los contreras a mediados del siglo XVI. En *Actas del Congreso de Historia del Descubrimiento*, Tomo 3, pp. 421-447. Real Academia de la Historia, Madrid.
- 1992b Justicia a los rebeldes: relación de los sentenciados por el alzamiento de los segovianos Hernando y Pedro de Contreras. En *Proyección y presencia de Segovia en las Américas*, editado por M. Cuesta Domingo, pp. 67-91. Segovia.
- Serrera Contreras, Ramón María
- 2011 *La América de los Habsburgo (1517-1700)*. Universidad de Sevilla, Sevilla.
- Vega Bolaños, Andrés (editor)
- 1954-1957 *Colección Somoza. Documentos para la historia de Nicaragua*. 17 tomos. Madrid.